Santa Teresa en los manuales de literatura

Antonio LINAGE CONDE

Correspondiente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación

A la memoria de Balbino Velasco, O. Carm., que nos dejó poco después de deleitarnos en uno de nuestros simposios escurialenses

- I. La nostalgia de los libros de texto.
- II. De mediados a finales del que ya es siglo pasado.
- III. Desde éste y el otro lado del Atlántico.
- IV. Del padre Cejador al Profesor Alborg.
- V. De Francisco Rico a José-Carlos Mainar.
- VI. La canción perenne del Profesor Valbuena.
- VII. El manantial de todos los colores de Giacomo Prampolini.
- VIII. Una escritora patrona de los escritores.

Yo he tratado en otra ocasión de este tema, el de la historiografía literaria más general quiero decir. Fue en un congreso de los que periódicamente se dedican en Alcalá la Real al Arcipreste de Hita. Lo hice con cierta timidez. Hablar de algo tan elemental y fácil ante una asamblea docta me parecía una osadía injustificable.

Sin embargo, tuve una buena acogida. Uno de los eruditos participantes me dijo que le había recordado sus tiempos de cuando estudiaba. Por eso me animo a reiterarlo aquí hoy. Claro que soy consciente de la diferencia entre un solo libro y varios libros de distintos géneros aunque unidos por un hilo conductor común. Hilo conductor que por otra parte complica la materia, pues se trata de una dimensión que, sin dejar de ser literaria, desborda la literatura de su expresión, la mística¹.

I. LA NOSTALGIA DE LOS LIBROS DE TEXTO

De mi enseñanza secundaria, recuerdo que estudiábamos la literatura con cierta delectación. A veces nos preguntábamos unos a otros, incluso en apartes improvisados del recreo, algunos escritores del programa. Aprenderse los ejemplos de las estrofas de la métrica era obligatorio. Ya había entonces pedantes desviados que desvalorizaban la memoria y menospreciaban ese ejercicio. Recuerdo en años posteriores que ése fue el reparo que pusieron al que en mi escala de valores ha sido el mejor programa de la historia de la televisión española, *Cesta y puntos*.

¹ A propósito de la devoción a Santa Teresa, consigno aquí un dato relativo a Sepúlveda, mi argumento constante en estos simposios. Aparte San Francisco, con cuyo hábito s enterraba a bastantes difuntos, la señal más segura de la invocación a los santos era que tuvieran su propio altar y en él se localizaran sufragios por los muertos Eran San José, San Antonio (tenía también una cofradía; la de San Crispín era de los zapateros), y muy raramente San Joaquín. De la Edad Moderna es Santa Teresa la única. No quiero dejar pasar este centenario sin citar este recuerdo que tenía Ramón Pérez de Ayala: "De Clarín [profesor suyo de Derecho Natural en Oviedo] aprendimos a no avergonzarnos del celeste don de lágrimas, viéndole llorar en la cátedra de amor y de entusiasmo, glosando al propio San Francisco o a Santa Teresa de Jesús".

Confieso que me he dejado llevar al elegir el argumento de una debilidad por los entrañables libros de texto. Fueron los trenes que nos llevaron por los caminos del porvenir. Junto a su colofón estaban la esperanza del escalafón y el destino, la estampa de la novia, la coronación de una andadura ilusionada e irrepetible. M resulta emotiva una partida del libro de cuentas de la Casa de Expósitos y Caridad de San Cristóbal de Sepúlveda, el año 1820, cuando se pagaron al Preceptor de Gramática de la villa10 reales por un libro de Retórica y Poética para el escolar Manuel Cristóbal, quizás uno de los niños abandonados.

No pude imaginarme que iba a asistir casi a su desaparición². Algo tan diverso de mi mundo que ni puedo juzgarlo ni me siento con fuerzas ni deseos de ocuparme de ello. Sí tengo en la memoria a los maestros que, en distintas fases del itinerario, nos ponderaban lo saludable y fructífero d la fidelidad a un libro. En el Instituto de Segovia don José Crecente, el cura latinista y poeta gallego; en los días de las oposiciones el humanista Pablo Jordán de Urríes desde la Dirección General de los Registros y del Notariado. Ahí se quedaron las nieves de antaño

II. DE MEDIADOS A FINALES DEL QUE YA ES SIGLO PASADO

Un catedrático de Literatura, Antonio Gallego Morel, ha escrito³: "En el Hurtado y González Palencia -muchos creían que no se trataba de dos autores sino de uno solo que como buen erudito vestía con tres apellidos⁴- aprendíamos argumentos, cuadros sinópticos, listas de obras, bibliografías y fechas". Algo ineludible para pasar en serio a los ámbitos más atrayentes de otros congéneres.

De Santa Teresa dicen⁵ que su prosa es natural, llana, sencilla, espontánea, en ocasiones incluso abandonada, la misma habla del pueblo. Pero que, a

² José-María Romera, en su artículo *Libros de texto*, aparecido en *La Verdad*, de Murcia, el12 de septiembre de 2014, ha escrito: "A este paso no tardaremos en ver al Cura y al Barbero del Quijote haciendo hogueras a la puerta de los colegios para exterminar no sólo lo libros de texto sino también los usados en las clases para consulta y los recomendados como lectura literaria". Se refiere a la corriente pedagógica sustentada en un exceso de autoestima profesional según la cual se consideraba más capaces a los docentes que suprimían el libro de texto. Enseñar con libros era poco menos que declararse de la escuela tradicional; hacerlo con materiales de elaboración propia, aunque consistieran en un manojo anárquico de fotocopias sobadas, apuntes apresurados y borradores de dudosa procedencia, otorgaba un cierto nimbo de avanzada genialidad". Hace poco me han hablado de unos escolares impacientes porque los libros se sustituyan por las tabletas, para liberarse de su peso.

³ Poetas y algo más, Sevilla, s.a., pp. 263-268.

⁴ Eran Juan Hurtado y Jiménez de la Serna y Ángel González Palencia.

⁵ Historia de la literatura española, 5ª ed., Madrid 1943, pp. 423-424.

pesar de esa constante, escribió de una manera nueva y personal. En cuanto al fondo, subrayan que su doctrina mística está siempre relacionada con su vida, de manera que el conjunto de sus escritos resulta una autobiografia constante.

Dando un salto considerable, pero que nos va a resultar útil comparativamente, vamos a pasar de esta cita a dos historias de la literatura universal. En una de ellas⁶, Enrique Rodríguez Cepeda opina que, en el siglo XX, la santa de Ávila resultaba un personaje muy moderno, por implicar la individualización de la figura de la mujer profesional, de manera que su trabajo y su ejemplo calaron más allá de la pura retórica religiosa y del alivio conformista de los cristianos. Salta a la vista que esta apreciación está hecha desde fuera, y puede resultar polémica desde otros ángulos, aunque la estimamos de interés y significativa.

Pero nos interesa más lo que seguidamente se apunta de la expresión. Cree ese estudioso que el fino temperamento literario de Teresa la llevó a tener una especial capacidad de selección de lo que quería decir y de cómo decirlo. Ahora bien, esa selección, no sólo del fondo, sino también de la misma forma, ¿estaría reñida con la nota de la espontaneidad?

Antes de respondernos hemos de convenir en que esa sencillez y naturalidad constantes en la santa, genéricamente, es imposible que fueran rebuscadas. Es de una evidencia axiomática que respondían a su talante peculiar de escritora.

Por su parte, Martín de Riquer y José-María Valverde⁷, luego de afirmar que Teresa es el mayor valor de la prosa española hasta Cervantes, subrayan también hasta su desaliño estilístico, el cual lleva consigo un arte consciente, que llega no sólo a acentuar la naturalidad sino también a exagerar las incorrecciones. "El milagroso resultado es que las cuestiones más arduas de la vida ascética y la experiencia mística -el extremo más acendrado y oscuro de la mística europea, sólo superado por san Juan de la Cruz- quedan accesibles en una forma de exquisita gracia".

Pero están convencidos de que ella tenía muy buen cuidado de lo que salía de su pluma, pensando en los confesores y en los inquisidores. Por lo tanto con una vertiente no espontánea sin más.

Así las cosas, creemos que no hay contradicción entre la atribución de esta cualidad y esa otra característica. Porque la espontaneidad sí puede predicarse de la mera forma de expresión, quedando la selección para el contenido, si lo

⁶ Historia de la literatura, Madrid 1991, t. III, p. 297.

⁷ Historia de la literatura universal, 3ª ed., Madrid 2014, t. I, pp. 583-586.

preferimos para ciertas partes del mismo que podían suscitar recelos a la vigilancia de la ortodoxia.

III. DESDE ÉSTE Y EL OTRO LADO DEL ATLÁNTICO

Retrocediendo en el tiempo, nos paramos en el año 1829, cuando se publicó en Madrid la *Historia de la literatura española*, del alemán, más conocido como filósofo, Friedrich Bouterweek (1766-1828), traducida por José Gómez de la Cortina y Nicolás Hugalde Mollinedo. Es muy breve, ocupando bastante más espacio las notas que el texto. La traducción francesa había sido ya publicada en 1812, y el original alemán era parte de un libro de argumento más amplio, *Geschichte der Poesie und Beredsamkeit*, aparecido en Gotinga el año 1801⁸, a Santa Teresa no se la menciona.

Así llegamos al curioso y versátil personaje de Boston, George Ticknor (1791-1871). En 1854 se publicó en Madrid su *Historia de la literatura española,* traducida por su amigo Pascual de Gayangos y Enrique de Vedia. De nuestra santa escribe⁹ que se advierte en ella cierta repugnancia a escribir, haciéndolo sólo por mandato de sus confesores. Aunque esto último sea cierto, no es bastante argumento para justificar la anterior apreciación, pues la evidencia de su índole de escritora nata es abrumadora.

De su estilo opina que "escribía con rapidez y con brío, aunque con cierto desaliño, de donde resulta que es difuso y a veces incorrecto, si bien los españoles, llenos de reverencia por su nombre, se han abstenido de toda crítica literaria de sus escritos". Una afirmación que se contradice con la lectura favorita de us paisanos y correligionarios".

Apenas podemos citar más apreciaciones de este historiador de nuestras letras, lo cual no nos sorprende. No es cuestión de repetir aquí el juicio que su libro mereció a Menéndez y Pelayo, pero es inevitable tenerlo en cuenta. Juicio que se publicó precisamente en el prólogo a la traducción del inglés que hizo Adolfo Bonilla y San Martín de la *Historia de la literatura española* que en 1901 había publicado el inglés, de Liverpool, James Fitzmaurice-Kelly.

⁸ Datos muy abundantes, y tan interesantes como poco conocidos, pero que resultan confusos por no deslindar las valoraciones y puntos de vista estrictamente literarios con los políticos y nacionalistas, en CABO ASEGUINOLAZA, F., "El lugar de la literatura española", en *Historia de la literatura española*, dirigida por J-C-Mainer, Barcelona 2012, t. 9, pp. 50-56.

⁹ III, 417-418.

De Santa Teresa nota este hispanista¹⁰que fue el corazón de la reacción católica a la Reforma, como San Ignacio su cerebro, pero mientras considera a éste un jefe de partido, de ella reivindica su pertenencia a la humanidad, y aparte su valor en los anales del pensamiento religioso, la reconoce cual un milagro de genio, con un puesto como escritora entre los maestros más perfectos.

Se pregunta dónde adquirió su estilo, un interrogante necesario pese a la sencillez y claridad del mismo. "No fue ciertamente en la lánguida prosa de Amadís, y en cuánto a la forma no se ve qué es lo que haya podido aprender de Franciscoi de Osuna, de Bernardino de Laredo, ni de otros místicos. Felizmente, sus manuscritos fueron confiados por la madre Ana de Jesús a fray Luis de León, maestro en literatura y en saber místico, el cual se adelantó al juicio del poeta Crashaw, quien dijo que la santa escribió más bien en lengua celestial que en la española". Notemos esta índole de la excelsitud, sin obstáculo alguno en la sencillez ni siquiera en el desaliño.

Consigna el profesor de Liverpool en la variedad de sus registros, a saber "cariñosa y maternal en sus cartas, sublime y extática en el *Camino de perfección*, en los *Conceptos del amor de Dios* y en el *Castillo interior*, trata con igual maestría las frivolidades de nuestras miserables vidas, como, según la expresión de Luis de León, de la *más alta y más generosa filosofía que los hombres imaginaron*. Y no hay que engañarse en cuanto a su dulzura, existe en ella, pero también hay a veces dureza, aunque velada; en sus cartas familiares descubre el alma ardiente que había nacido para dirigir, que llegó a desesperar a un desdichado nuncio del Papa, infeliz perezoso que la tachó de desobediente, de menospreciadora del precepto que prohíbe a las mujeres enseñar. No era una fanática entregada sin cesar a transportes y éxtasis; sobresalía en la vida práctica tanto como en las cosas espirituales".

Y termina recordando los tributos de la posteridad: "La España católica coloca, en El Escorial, el manuscrito autógrafo de su vida, *Libro de las misericordias de Dios*, junto a una página escrita de mano de San Agustín. La Inglaterra protestante (*sic*) la ha elogiado por boca de Jeremy Taylor (1613-1667) y de Wulliam Law (1686-1761) y, en nuestros días, la Inglaterra agnóstica por boca de Froude, la pone a la misma altura que Cervantes".

Eugène Baret, profesor en Clermont Ferrand, publicó en 1863 su *Histoire* de la litérature españgnol depuis ses origines les plus reculées jusq'a nos jours. Dice que los relatos sencillos de Teresa valen por los mejores tratados dogmáticos, emocionando y persuadiendo mucho más. Y saliéndose de la

¹⁰ 2^a ed., Madrid 1913, pp. 250-253.

indole de su obra, hace una apología polémica, contraponiendo su tiempo al suyo propio. El autor no conoce una historia más elevada, más edificante, más saludable para el alma. Su vida y su espiritualidad resultaban pintiparadas en un siglo que había traspasado a la materia el culto del espíritu que había sido la gloria de "nuestros abuelos". Para evitar vacilaciones a los amantes de las letras y de las artes, la fe neta, ardiente y robusta sería una influencia enérgica, a contraponer a las opiniones a la moda y las viles opiniones del vulgo., mostrando el espectáculo más hermoso, la soberanía del espíritu en todo su vigor y resplandor.

Del polígrafo Licurgo Cappelleti, profesor en Parma, salió diez y nueve años después en Milán, uno de los Manuales Hoepli, su *Letteratura spagnuola*. Nota que la Santa de Ávila influye en el espíritu de sus lectores menos por el relato de lo que hizo, con ser mucho, que por la descripción de lo que experimentó. Nunca la existencia de lo sobrenatural se reveló a los hombres con hechos tan precisos y detalles tan extraordinarios.

En 1893, fechaba en San Juan de Luz, donde su padre era clérigo anglicano, el profesor de la Taylor Institution de Oxford, Henry Butler Clarke (1863-1904)¹¹, su *Spanish Literature*. Opina que el sentido práctico y la manera de ser de Teresa la libraron de caer en algún extravío psicológico. Subraya su descripción asequible y familiar de las ardientes aspiraciones de su espíritu y la inducción a los demás a seguir la misma senda

Ya del Novecientos es la *Spanische Literaturgeschichte*¹² del hispanista de Viena Rudolf Beer. Llama la atención hacia el desarrollo sistemático de los estados psicológicos que hay en la obra teresiana y a lo decisivo de su literatura juntamente con la de Cervantes para la definitiva acuñación de la castellana.

El alsaciano, Philipp-August Becker, profesor en Friburgo, Budapest, Viena y Leipzig, en su *Geschichte der spanische Literatur*¹³, subraya su descripción asequible y familiar dde las ardientes aspiraciones de su espíritu y la inducción a los demás a seguir las mismas sendas. Opina que su sentido practico y su manera de ser la impidieron caer en cualquier extravío psíquico.

En los *Précis de d'histoire de la littérature espagnole*, del profesor de Toulouse Ernest Mérimée¹⁴, nos parece muy acertada su visión de la Santa, en posesión

¹³ Estrasburgo 1904.

¹¹ No le hemos encontrado en el Diccionario Biográfico de su país ni en el de Oxford. Manejamos la edición aparecida el año 1971 en Port Washington.

¹² Leipzig 1903.

¹⁴ París, 1908; nueva edición en 1922; versión española en México, 1931. En el prólogo cita a sus predecesores Baret, Beer, Becker, Cappelleti, y Bernardo Sanvisenti (cuyo Manual)

de una rara alianza del espíritu positivo y práctico y la imaginación poética, con una potencia extraordinaria de ensueño y d abstracción; una singularidad que constituye el aspecto verdaderamente original de su genio.

Nota que, habiendo disfrutado el encanto del *Amadis* en su juventud soñadora, en su *Castillo interior* se vale de una arquitectura curiosamente novelesca, para exponer el itinerario de la vida del alma hasta llegar a su aniquilamiento en el seno del amor divino.

IV. DEL PADRE CEJADOR AL PROFESOR ALBORG

La *Historia de la lengua y de la literatura castellana, comprendiendo los autores hispanoamericanos*, de Julio Cejador y Frauca¹⁵, cuyo tomo segundo, dedicado a la época de Carlos V, se publicó en la editorial Hernando el año 1928, puede considerarse una desmesurada ampliación del Hurtado. Parece y resulta un inmenso fichero, a simple vista de manipulación menos fluida.

Llegado a Santa Teresa¹⁶, es tan palmario pero profundo lo que empieza diciendo que no tenemos más remedio que transcribirle: "Ya no es una escritora que escribe cartas devotas para algún particular, como Juan de Ávila, ni amplfica lugares teológicos para el público, como fray Luis de Granada; sin disciplinas teológicas, filosóficas ni literarias, escribe lo que siente en su alma para sí y para su confesor, que todo se va allá, sin pretensiones de ningún género, en el habla que aprendió de niña. Pero, por lo mismo, retrata en sus escritos en estilo llano y vulgar, toda su alma, y el alma de Teresa es una de las más grandes almas que conoce la Historia. La vida de la Santa, no sólo la redactó ella en particular, sino que en todo cuanto escribió no hizo más que hablar de sí y, por consiguiente, de su vida. Y éste, es el mayor encanto de sus obras, como lo es de las *Confesiones* de San Agustin, por ser la humildad y menosprecio de sí tan grandes en ambos Santos, y la candidez y desmayo artístico mayor en nuestra Santa".

Tanta es la singularidad excelsas que Cejador ve en la Abulense que llega a remontarse a su propósito a las más amplias generalidades del fenómeno literario y el menester de sus cultores, a saber: "Hablar de sí es de lo más horrible que hay en el común de los escritores; pero en almas tan angelicales

-

no está en la Biblioteca Nacional), pero no a Ticknor. Este es anterior a Baret (1862); Merimée dice que fue el primero.

¹⁵ Éste había sido jesuita. Escribió noveladamente su decepción de la Compañía de Jesús en *Mirando a Loyola*.

¹⁶ Pp.72-75. Otro jesuita descontento, Miguel Mir, escribió el libro titulado *Santa Teresa de Jesús. Su vida, su espíritu, sus fundaciones*, Madrid 1917.

como estas dos es cuanto el lector puede apetecer de más agradable y curioso. Porque mal puede hablar de sí quien no se conoce, como no se conoce el soberbio, pero ¿cómo conocer mejor un alma que cuando conociéndose por ser humilde nos dice sinceramente lo que le pasa? [...] La mayor parte de los escritores se dan a entender que escriben mejor cuanto más se apartan del habla vulgar; pero por eso mismo son medianos o malos la mayor parte de los escritores". Y seguidamente cita Cejador, como precedentes del estilo de la Santa, a los Gracos, Cicerón, Platón y Demóstenes, y cual seguidor del mismo Marco Tulio al padre Sigüenza.

En 1948 apareció la *Historia de la literatura española*¹⁷ de Ángel del Río (1901-1962), un soriano que pasó treinta y siete años en los Estados Unidos, experiencia que aprovechó para escribir un libro titulado *El mundo hispánico* y el mundo anglo-sajón en América, Choque y atracción de dos culturas. Su tratamiento de la Santa es de los más acertados

Bajo el epígrafe humanización de la mística, escribe: "Es cifra de la unidad que el misticismo español consigue conjugando realidad y espíritu, vida interior y actividad exterior, lo divino y lo humano. [...] El ejemplo más claro de una capacidad común a casi todos los místicos españoles del siglo XVI. La capacidad de vivir intensamente una vida de contemplación religiosa y de luchas humanas, de hacer arte y filosofía con la substancia de la existencia diaria, de elevarse a veces hasta lo más abstracto y conceptual, no por un proceso lógico de deshumanización, sino intensificando, por decirlo así, lo específicamente humano: sentimiento, imaginación, voluntad e instinto, todas las potencias del alma. Resultan así los místicos- y Santa Teresa más que ninguno- ejemplo de una característica frecuente en el arte español, la necesidad de inmersión del autor como persona viva en su obra".

De su estilo dice ser "inconfundible, y lo extraordinario es que el valor artístico es totalmente ajeno a todo propósito retórico, intelectual o literario" ¹⁸.

La *Historia general de las literaturas hispánicas* dirigida por Guillermo Díaz Plaja¹⁹ no se ocupa por separado de los escritores de ascética y mística. Sustituye esa materia, evidentemente obligada en una obra de esas características, por un estudio total de la doctrina del conjunto, a cargo de Miguel Herrero García. Con lo cual la patrona de los escritores españoles está literariamente ausente de un libro de tan ambicioso y concreto título.

_

¹⁷ Cito por la edición de 1963, aparecida en Nueva York como las anteriores, pp. 260-263.

¹⁸ Cita a Juan Marichal, según el cual lo más característico de su voluntad de estilo es el esfuerzo por verter, mediante la palabra escrita, el correr de la pluma, la totalidad vital de la persona.

¹⁹ "Renacimiento y barroco", Barcelona 1953, t. III.

La Historia de la literatura española de Juan-Luis Alborg²⁰ está planteada de la misma manera sistemática y también es más extensa que el Hurtado. Pero dedica su mayor espacio a la exposición más detallada de los autores y sus obras. Resultando gracias a ello más jugosa. Y es muy pródiga en recoger las opiniones de los demás estudiosos.

Al hablar de la autobiografía de la Santa, Alborg subraya como era obligado "la extrema sencillez y naturalidad con que describe las más difíciles experiencias de su elevada vida interior. Estados inefables son materializados -con felices hallazgos poéticos- mediante imágenes sensoriales referidas a realidades cotidianas²¹. Especulaciones se mística teórica se funden y aclaran con lo anecdótico y pintoresco. Aproximados así el cielo y la tierra, la *Vida* de Santa Teresa tiene así un sabroso encanto de intimidad, de voz confidencias que debe no poco al magisterio de las *Confesiones* de San Agustín, pero que a diferencia de éstas corre por un camino de menor tensión intelectual aunque mucho más próxima al temblor desnudamente humano, penetrando como nadie en los secretos del mundo interior y llegando a parajes del espíritu nunca hasta entonces explorados".

Del *Libro de las fundaciones* dice Alborg ser como una continuación o complemento del *Libro de su vida*. , teniendo "especial interés -histórico y psicológico-los numerosos retratos de personas eclesiásticas y seglares que ella trató y que andan relacionadas con su vida y labor de fundadora".

A las *Moradas* o *Castillo interior*, las considera "la cima y compendio de toda la tradición mística cristiana, citando a Saín z Rodríguez²² en estos términos: "Por sus excepcionales cualidades de análisis interno y de exposición exacta y positiva, su obra representa el mejor inventario y estudio de todos los estados y matices de las almas en este gran camino y lucha de su unión con Dios. Toda la mística universal no ha mostrado un fenómeno de esta índole que no está estudiado, observado y encasillado en la gran obra teresiana. En cierto modo, la doctrina mística de Santa Teresa es algo semejante en el misticismo a lo que fue la gran obra de organización y observación del mecanismo del entendimiento humano realizado por Aristóteles en su lógica. Las *Moradas* vienen a ser el *Organon* del misticismo cristiano".

Dos profesores ovetenses, Emiliano Díez-Echarri y José-María Roca Franquesa, en su *Historia de la literatura española e hispanoamericana*²³, subrayan el

²⁰ "Edad Media y Renacimiento", Barcelona 1969, t. I, pp. 897-908.

²¹ Sobre la revisión del concepto de la Santa como monja no lectora, Alborg cita las opiniones concluyentes, que no autorizan caer en el extremo contrario, de Morel-Fatio, Gaston Etchegoyen y Pfandl.

²² Introducción a la historia de la literatura mística en España, Madrid 1922, p. 35.

²³ Madrid 1950, pp. 305-309.

valor filológicamente supremo del estilo a cual más simple de la Santa: "Esta mujer, que redactaba sin plan preconcebido, que no sólo no buscaba en su expresión las galas retóricas y la belleza formal sino que consideraba a ésta como una tentación de vanidad, esta mujer que se *perdía* por la sencillez y la naturalidad, había de ser una de las autoridades máximas de la lengua. Sin afectaciones ni cultismos, utilizando el lenguaje común entre las clases populares de Castilla la Vieja, logra crearse un instrumento de expresión inimitable y rico como pocos. Con frecuencia encontramos en ella formas anticuadas: mijor, entramos (entramos). anque. Ilesia, naide: otras veces nos salen al paso deformaciones: iproquesía. intrevalo; anacolutos, transiciones bruscas, cortes inesperados que dejan como en el aire el discurso. Pero con tales defectos dificilmente encontraremos un lenguaje más sugestivo y arrebatador que el de la Santa de Ávila. De un estilo que se caracteriza por su riqueza léxica popular, por lo atrevido de sus metáforas, por su espontaneidad v sencillez. Emplea diminutivos encantadores: esta encarceladita de esta pobre alma... Como avecica que tiene el pelo malo, cansa y queda... No vacila en utilizar las más sorprendentes paradojas: glorioso desatino... ravo de tinieblas... En fin, sabe ensanchar ilimitadamente el sentido de las palabras hasta hacer que quepan en ellas conceptos a primera vista inexpresables"²⁴.

José García López, en su *Historia de la literatura española*²⁵ subraya "una especie de matices que derivan del temperamento mismo de la Santa: la viva *plasticidad de ciertas imágenes*, el *tono cordial y afectuoso* que a veces asume la expresión mediante el uso de diminutivos *-cositas, devocionitas, avecitas-* o la *gracia de ciertos rasgos de humor* como cuando se refiere a los diablos diciendo *no se me da más de ellos que de moscas*. En cuanto a las *imágenes* -que nunca constituyen grandes símbolos a la manera de la noche oscura de San Juan de la Cruz- por lo general *están tomadas de la realidad cotidiana* -la *mariposita de noche*, la *lluvia*, la *llama de las dos velas* significando la imaginación distraída, los favores divinos o la unión con Dios- pero tienen una enorme fuerza expresiva y, a menudo, una auténtica belleza. En relación con el señalemos también las frecuentes referencias a la vida usual, como las alusiones a los *pucheros* o a las *moscas*, que prestan a la obra un ambiente de absoluto *realismo* "²⁶.

R. O. Jones, en la *Historia de la literatura española* dirigida por él²⁷, hace hincapié en otro matiz menos tratado y advertido, la llegada a la excelsitud

²⁴ Cita a Lapesa: "A veces la expresión sobrecoge por su fuerza impresionante: una pena delgada y penetrativa... Un recto martirio sabroso... Es como uno que está con la candela en la mano, que la falta poco para morir muerte que la desea...".

²⁵ Barcelona 1962, pp. 212-215.

²⁶ Cita a Menéndez y Pelayo: Santa Teresa no redacta, habla por escrito, y su prosa tiene todos los descuidos, pero también toda la *vivacidad espontánea* de la conversación familiar".
²⁷ Barcelona 1974, t. II, pp. 134-137.

incluso formal en ese contexto y ambiente de la sencillez máxima: "Al decir cómo el alma debe ser mortificada para el mundo antes de aspirar a la unión, describe cómo un gusano de seda *muere* en su capullo y renace en forma de falena. Incita a sus monjas a que hilen sus capullos con sus oraciones y penitencias; y el capullo es Cristo, en quien el alma ha renacido. Esta imagen normal tiene una bella precisión. Pero no todas sus imágenes son de esta naturaleza sencilla: a veces revela una imaginación de calidad poco usual, como cuando al describir la morada de *oración de recogimiento* describe como esta oración mana suavemente en el alma como una fuente cuya agua en lugar de correr se convirtiese en la misma fábrica de la morada. Rara vez una experiencia tan remota puede haber sido comunicada con efecto tan íntimo y conmovedor".

Otra característica, en la misma línea de lo que queda dicho pero un tanto matizadora y específica, se deduce si paramos mientes en que "con frecuencia, la impresión de una persona determinada en un tiempo y lugar dados nos es comunicada en forma inmediata e ingenua. Pero no lo hace por conseguir este efecto; su intención es didáctica: alcanzar la imaginación de sus lectores lo mejor posible para llevarles por medio de la reverencia a lo familiar, a un mundo de experiencia que no lo es".

Tiempo muy atrás, en los Principios generales de literatura e historia *de la literatura española* de Manuel de la Revilla y Pedro de Alcántara García²⁸, leemos de una manera hasta cierto punto concordante con lo que precede que "el estilo de las obras místicas de Santa Teresa es natural y sencillo, castizo y propio, pero cuando la escritora se deja dominar de sus arrobamientos, de sus éxtasis celestiales, su lenguaje es fogoso, arrebatado, sublime. [...] Cuando su corazón se enardecía y su pasión se exaltaba, sabía dominar todas las dificultades y de su pluma brotaban entonces torrentes de elocuencia".

Felipe B. Pedraza y Milagros Rodríguez, en su *Manual de literatura española*²⁹ insisten en la permanencia autobiográfica incluso en la obra mística teresiana, y escriben a propósito de *Las moradas o castillo interior*: "No es una obra sistemática. La santa intenta estructurarla bien para que cumpla su intención didáctica, pero el hecho de contarnos sus propias experiencias místicas, extraordinariamente intensas y complejas, la aparta de la línea recta, de modo que no es raro ver cómo repite más de una idea e insiste mucho en determinados temas. Es un prodigio de introspección y de capacidad de análisis de la propia vida espiritual".

²⁸ Madrid 1884, t. II, pp. 686-688; este volumen es del segundo de los autores.

²⁹ "Renacimiento", s.l., 1980, t. II, pp. 472-488.

V. DE FRANCISCO RICO A JOSÉ-CARLOS MAINAR

En la *Historia crítica de la literatura española*³⁰ al cuidado de Francisco Rico, cada colaborador aporta un ensayo sobre los escritores y las materias, acompañado de una bibliografía muy comentada y puesta al día. La *Historia de la literatura española* dirigida por José-Carlos Mainar³¹, se vuelve a la exposición cronológica y por géneros de los autores y su obra, aparte tratarse e ciertos temas de elección y enfoque más personales.

En la primera de esas obras, es Víctor García de la Concha quien llama la atención hacia la índole de escritora de la Santa, pese a la coloquialidad de su literatura y la naturalidad y sencillez de su estilo. Efectivamente, detecta en ella "cómo la fluida espontaneidad de escritura a que su temperamento primario la abocaba se enfrenaba, de continuo, por una manifiesta voluntad de precisión lingüística". Recoge un testimonio de la madre María del Nacimiento, que consta en el Proceso de Madrid, de haberse pasado mucho tiempo en el convento de Toledo, siendo noche cerrada y teniendo dolor de cabeza, para encontrar una palabra adecuada para una carta. "Si esto ocurre en el género epistolar, podemos fácilmente conjeturar lo que ocurrirá en las obras mayores y, sobre todo, en las místicas.

Debemos tener en cuenta a este propósito, que la escritura de las vivencias espirituales sirve a Santa Teresa para perfilar y fijar su conciencia espiritual refleja en ellas. En consecuencia, cabe, diría, incluso que hay que predecir *a priori*, un íntimo condicionamiento de exactitud". Menciona también las remodelaciones de la Vida y el Camino, incompatibles con una voluntad de principio de desclasamiento del lenguaje en el ámbito lingüístico, "y por doquier signos del doble propósito que constituye la cara y cruz de la moneda del estilo teresiana: expresar de manera directa y eficaz la vivencia interior, sin mediatizaciones convencionales de fórmulas estereotipadas; expresarla a la vez con fidelidad". Además, en ella "confluye, desde luego, la tradición del medievo, pero no en la dimensión de simple continuidad, sino revitalizada con la savia de las nuevas corrientes personalizadoras del Renacimiento y contrastada en la crisis contrarreformista". La compatibilidad de esta dimensión con la constante innegable de la naturalidad, la sencillez, la espontaneidad, y la índole "hablada" de su lenguaje escrito, es la tarea más difícil pero gratificante de los exégetas. En todo caso constituye la mejor apología de la opción de su patronazgo por los escritores españoles.

³⁰ Siglos de oro: Renacimiento, dirigido por Francisco López Estrada, Barcelona 1980, t. II, pp. 509-518; "primer suplemento", Barcelona 1991, pp. 238-250, esta parte de Cristóbal Cuevas.

³¹ "La conquista del clasicismo. 1500-1598", t. II, Barcelona 2013, pp. 258-262; el volumen es de Jorge García López, Eugenia Fonsalba y Gonalo Pontón.

En la otra obra, resulta muy interesante su discordancia de la opinión que ve en la Vida y el Camino la influencia franciscana, frente a las Moradas que reflejarían la de su confesor Juan de la Cruz, y estarían marcadas por una reformulación sanjuanista de la anterior experiencia franciscana. Pero "semejante planteamiento minusvalora a la propia Teresa, convirtiéndola en un péndulo inocente entre la mística franciscana y Juan de la Cruz, que en cierta forma se puede considerar su discípulo. Y minusvalora también la férrea voluntad teresiana de enfrentarse humildemente a los teólogos, como ella misma afirma en las *Moradas*, sobre los que de hecho ejerce un poderoso carisma, comenzando por sus primeros confesores, siguiendo por Domingo Báñez o el padre Gracián y terminando en Luis de León: de hecho, Juan de la Cruz pasó a ser su confesor en la Encarnación a petición de la propia Teresa. Habría que hablar, pues, y esto siendo muy condescendientes con la visión tradicional y ortodoxa, de una compleja dialéctica entre Teresa y aquel joven monje de veinticinco años que quería entrar en la Cartuja y con el que se encontró un día de 1567 en Medina del Campo, encuentro que para él fue decisivo en su vida. Si alguna diferencia puede percibirse entre los sistemas de ambos místicos es más de énfasis entre los diferentes elementos que de otra cosa, sin olvidar además que Juan de la Cruz remite varias veces a los escritos teresianos. considerándolos guía magistral. Más cercano a la realidad sería, pues, pensar que aparte de una sublime creación poética, en términos doctrinales Juan de la Cruz desarrolla y sistematiza los momentos finales del pensamiento místico de Teresa de Ávila"

VI. LA CANCIÓN PERENNE DEL PROFESOR VALBUENA

Gallego Morell, después de recordar el libro de Hurtado y González Palencia que le sirvió para la ineludible disciplina del aprendizaje erudito, se refiere al de don Ángel Valbuena Prat de esta manera: "En el Valbuena aprendimos paralelos artísticos, interpretaciones freudianas, evocaciones de épocas, sugerencias para posibles ensayos. Valbuena había llegado a la historia de la literatura desde el campo de las oposiciones a *Teoría de la Literatura y de las Artes*, las mismas en que coincidieron Gallego Burín y Camón Aznar. Esto explica la concepción de su manual. Realmente, el comenzar a estudiar el Valbuena abría ventanas hacia una nueva concepción de la literatura. Nos leíamos el Valbuena adentrándonos en las lecturas, más allá de las explicaciones de clase"³².

³² Refiriéndose después a los tiempos en que escribía sugiere: "Aquellos libros se iban quedando arrinconados ante la llegada de la nueva metodología. Pero, sin embargo, los jóvenes lectores de Lukács volvían a hurtadillas a buscar en las páginas del Valbuena una

Yo conocí a don Ángel Valbuena en mis tiempos de joven notario en las proximidades de Murcia, adonde él había sido confinado, privado de su cátedra de Barcelona, en aquella postguerra beligerante e implacable. Era un sabio recatado con mucha menos vida social que la mayoría de sus colegas. Recuerdo una velada poética en Molina de Segura en la que recitó algunas composiciones suyas, agradecido a aquel lugar por el apoyo que en él había recibido con motivo de un problema familiar. Fue la única conversación que con él tuve. Muchos años después, oí exaltarle con un apasionamiento poco común a uno de sus privilegiados discípulos de entonces.

Su tratamiento de Santa Teresa³³ comienza con una visión de conjunto de la mística carmelitana. Nos vuelve a recordar las diferencias de unas a otras familias religiosas. Un tema que se puede enfocar tanto desde las alturas inefables como en las más pequeñas realidades palpables a ras de tierra. Thomas Merton tuvo atisbos de vocación cartujana. Ya en su monasterio cisterciense, cuenta su visión de un cuarto lleno de trastos variopintos, el prototipo del cajón de sastre. Apostillando que ningún cartujo pudo llegar a ver en su vida tantos chismes como los que en él había. Si dos jesuitas viajan juntos, aunque al rezar el breviario estén juntos, cada uno lo hará por separado. Si la pareja es de benedictinos, se buscarán para hacerlo en común... *Multi sunt mansiones in domo patris mei*.

Nota Valbuena que en la orden carmelitana se llegó a la cumbre de aquella mística, con su nuevo sentido de la oración, la ascensión por la segunda vía y el grado último del éxtasis y la visión. Ellos no tenían la tradición de los fundadores de los agustinos (*sic*) y franciscanos, ni la de Santo Tomás y su escuela en los dominicos. Buscaron ser influidos por las órdenes análogas, desembocando en lo que el padre Crisógono de Jesús Sacramentado llamó el armonismo, reduciendo a unidad los puntos extremos de otras doctrinas³⁴. Así las huellas de

auténtica interpretación de Calderón o de Lope, redactada desde la vertiente del poeta que lleva dentro el Valbuena". Esta alusión me recuerda tiempos siniestros que yo viví de docente, cuando una censura contraria a la política imperante se había impuesto sin necesidad de coacción externa alguna, por haber llegado a la autocensura de cada uno. Todo ello en medio de un confusionismo que perdura en los historiadores de ese capítulo de la Edad Contemporánea. Recuerdo que, años adelante, oí una conferencia del profesor Márquez Villanueva. Y sentí que era el retorno a unos tiempos perennes. De aquellos tiempos que prefiero no recordar conocí a algún escolar que definía acertadamente a Valbuena como una sensibilidad.

³³ Historia de la literatura española, 5ª ed., Barcelona 1960, t. I, pp. 660-686. El libro está dedicado a sus maestros, Ramón Menéndez Pidal y Antonio Rubio y Lluch.

³⁴ Notemos su opinión de la consabida "actitud combativa contra la Reforma que puede advertirse especialmente en ciertos pasajes de Santa Teresa, que los coloca en la actitud militante de la Compañía de Jesús, con la que Teresa coincidía a pesar de que en su dominio de la voluntad podía ver en los ignacianos un diverso rival, que alguna vez le produjo un ceño

los franciscanos Osuna y Laredo en Santa Teresa, pero sobe todo San Agustín. "Sin las *Confesiones* es posible que no tuviéramos el libro de la vida de la Santa".

El caso es que esos caminos nos iluminaron el resultado más excelso, a saber "dos clases de obras que representan los dos caminos de la fe católica y la creación artística de índole religiosa, dentro del orden afectivo³⁵: la de una tendencia popular, sensorial, de impresión y ternura³⁶, que encarna Santa Teresa; y la creación poética, ceñidamente intelectual de otro, que se sintetiza en San Juan de la Cruz. Ambos cumbres de estilo, popular una, intelectual el otro".

Una observación grafológica de Valbuena, sobre dos autógrafos teresianos que se conservan en Alcalá de Henares, ambos apuntes de hechos inmediatos, es muy reveladora, tanto de la Santa como de su comentarista. Uno de ellos se refiere a una visión acabada de tener, otro a un momento alejado de los éxtasis y apariciones. "Acorde con el estado de exaltación del primero la letra es tortuosa, movida, confusa, el texto borroso, mientras que el segundo denota una serenidad dentro de la nota nerviosa y ágil que nunca falta en su letra".

También es de interés lo que sugiere en torno a la relación de su vida y su obra con el paisaje urbano de su ciudad natal. Para su vida activa, las murallas inmóviles de Ávila pueden ser un símbolo, pero no para su obra³⁷, expresión literaria de una religiosidad popular no correspondiente a su carácter varonil, "un mundo tierno, infantil a veces, popular otras, en un jugoso estilo entre ingenuo y pintoresco. No, Teresa no define a Ávila en la forma que el Greco puede ser el ímpetu resultante de la espiritualidad arquitectónica y el paisaje de Toledo", más cercana en ciertos aspectos de Murillo y Zurbarán en pintura y Lope, Tirso³⁸ y Valdivieso en poesía que de Theotocópuli o San Juan de la Cruz.

El *Manual de liturgia sagrada*, del claretiano Gregorio Martínez de Antoñana, es la exposición más completa y perfecta que se ha escrito del rito latino. En

de mal humor, reflejado en las cartas, si bien otras muchas se mostró plenamente simpatizante con la nueva orden".

³⁵ Recuerdo haber oído a un monje especialista en la liturgia hispánica que una prueba evidente de la limitación negativa del rito latino era que los místicos españoles habían tenido que salirse de la liturgia para componer sus obras. No voy a discutirlo. Lo que me parece de una evidencia mayor es que, si con otra liturgia, se hubieran limitado a glosarla, habríamos salido perdiendo abrumadoramente.

³⁶ Aunque notemos lo que Vabuena escribe inmediatamente: "El *huerto* de Santa Teresa en que florecen *las virtudes* es agreste y varonil. Para entrar en esta escuela es precio pasar por el *noviciado estrechísimo de las privaciones y pruebas*. También así se exige el *activismo* y se resaltan las observaciones psicológicas".

³⁷ Salvo la arquitectura formal de las *Moradas*.

^{38 &}quot;De éste, concretamente, más de una escena de su Santa Juana".

su prólogo, el cardenal Enrique Pla y Daniel, recuerda la confesión de Santa Teresa de que daría su vida por cualquier detalle de sus ceremonias. Se me viene esta cita a la memoria ante un apartado de los que Valbuena la dedica, *El concepto popular de la devoción*. Pues no cabe señal más evidente de la compatibilidad del entusiasmo litúrgico y la piedad particular a él ajena³⁹. Nada más lejos de ciertas corrientes contemporáneas. Por ejemplo, Plácido Ricardi, fue un benedictino italiano entre los siglos XIX y XX, beatificado por Pío XII. Yo he oído comentar que, en ciertos ambientes monásticos, se tenía por "heterodoxa" su práctica de rezar varios rosarios al día.

Valbuena escribe que "Santa Teresa, con encantadora ingenuidad, expresa una devoción popular, humilde, afectiva. [...] Su reacción contra la Reforma protestante, de la que no debía de estar muy informada, se hace por motivo sentimentales, populares, análogos a los que sentía el pueblo español al luchar contra la herejía, y aprobar las resoluciones de la Inquisición. [...] Por lo que hay de anecdótico y pintoresco en el mundo místico de Teresa pode observar que en ella vale más lo afectivo que lo intelectual"⁴⁰.

Incluso su estilo "se amolda a la manifestación de sentimientos, de estados de alma. Sumamente expresivo, emplea el tono interjectivo en los momentos inefables, de éxtasis y sus recuerdos, y una forma inacabada llana de encanto en las relaciones y comparaciones. [...] Hoornaert estudia, en el estilo de la Santa, la *glosa*, la *alegoría*, la *exposición directa*, y el matiz de estos procedimientos, la unión de espontaneidad y lirismo, la expresión adecuada a los sentimientos mediante frases cortas, intensas, mediante las formas interrogativas o admirativas, que parecen sollozos del alma".

Pero Valbuena no deja de hacernos una observación interesante, a saber: "Alguna vez asoma en sus obras un cierto rebusque conceptuoso. Ocurre en los versos en los cuales, de acuerdo con sus arcaicas aficiones estilísticas, hay ecos de la poesía rebuscada de los cancioneros de final del siglo XV y comienzos del XVI. [...] Por cierto que como muestra de la superioridad de la prosa sobre el verso afectado de Teresa, está una exclamación muy propia de su estilo y su carácter, que sigue al villancico en la carta donde está insertado: *No se me acuerda más. ¡Oh, qué seso de fundadora!*".

De las lecturas de la Santa escribe: "Mujer de inteligencia sumamente despierta y vivísima sensibilidad, suplía la abundancia de ellas con la intensidad

³⁹ Valbuena nota cómo "vemos la devoción sensible de Teresa impresionada ante las imágenes sangrantes del realismo español".

⁴⁰ Algo incompatible con la ascesis del sentimiento, uno de los postulados de ciertas corrientes hodiernas".

y el paladeo de unos cuantos libros. Es posible que esta limitación dé un encanto mayor a la cultura de un alma juvenil a base de pocas obras que una pedantesca acumulación erudita de teólogos y expositores. [....] ¿Por qué no pensar también en los antiguos libros de caballerías, que llenaban su imaginación de una fantasmagoría ideal, después traducida a lo divino, como en el caso de San Ignacio?".

Valbuena emplea todas las armas de su penetración psicológica al abordar el tema de la femineidad de la Santa, y detectar el hilo conductor entre su acción y su contemplación, su realismo y sus ascensiones místicas, su permanencia de tejas abajo sin detrimento de su presencia en las cumbres: "En su vida y en su obra se perciben ecos de un carácter que inspira confianza, atrae y termina por dominar. Sensibilidad de contrastes, posee un delicado espíritu femenino a la vez que una potencia de dominio verdaderamente varonil. [hasta] una deliciosa coquetería a lo divino".

Ello a lo largo de todas sus fundaciones y en la implantación de su reforma: "En tal potencia de dominio se basa toda ésta; ante las mayores dificultades." Teresa sabe ir al medio que puede ser oportuno para una solución extrema. empezando por lo poco para continuar mejorando su obra. Todo el libro de Las fundaciones está lleno de detalles de este orden, [de manera que] el valor de acción es en ella extraordinario, en las mismas fundaciones, en su sentido de la lucha, que trasciende a los libros, en su manera especial de entender la mística, en no abandonar las cosas más domésticas por muy encumbrada que esté en las regiones del arrobamiento, en despreciar las actitudes meramente pasivas. En las más altas moradas del espíritu no debe abandonarse la actividad. [...] En esos relatos de las fundaciones, Teresa nos hace vivir su sociedad y sus ambientes. [...] En torno a toda su obra hay un hondo encanto de intimidad. Nos descubre sus aficiones, se vale para los estados místicos de imágenes sensoriales delicadas, analiza el alma hasta en los más secretos rinconcillos. Toda su obra viene a ser una autobiografía del reino interior, o de la anécdota de su vida de fundadora"

Antes de terminar con un examen de sus obras en particular, Valbuena subraya una cualidad literaria de la Santa que acaso tienda a pasar desapercibida pero que es tal vez la entraña más vigorosa de la atracción que ejerce sobre sus lectores de toda índole, a saber: "Teresa no es nunca difusa. Sus libros resultan concisos y de sostenido interés. A diferencia de fray Luis de Granada, que se diluye y repite y recurre a sumarios y recopilaciones de sus propias obras, Teresa, siempre nueva y diversamente matizada, no cansa al lector. Podrá ser descuidada en la forma, pero no es desigual en el interés. Aun en las narraciones de hechos que pueden estar más alejados de la vida moderna, como las

minucias de las fundaciones, hay siempre una frase de desenfado, un retrato de un carácter en unas pocas palabras, una alusión a lugares o costumbres que le da un gran interés de cosa viva. No es extraño que fray Luis de León, cuya consciente y moldeada perfección estaba tan lejos del instinto irreflexivo de la Santa, se sintiese atraído por su estilo".

Al pensar en las *Cartas* de la Santa, en estos días, no podemos por menos de recordar una vez más un fenómeno literario y humano al que los hombres de mi generación e incluso de la siguiente hemos asistido, la casi desaparición del género epistolar. Eso en literatura. Pero también del fenómeno humano que llevaba consigo la correspondencia. Desaparición que desde luego no lo ha sido sin más, en el sentido de una extinción sin algo sustitutivo y sucesor. Ahí está el correo electrónico. Que no podemos decir no tenga nada que ver con las cartas que nos traían los carteros y escribíamos, en la edad contemporánea ya a la sombra protectora y benéfica de la Unión Postal Universal. No voy a seguir por este camino en cuanto pueda apartarme de mi menester teresiano aquí.

Ahora bien, tanto en la literatura epistolar como en las cartas que iban y venían de unos a otros seres humanos al margen de cualquier pretensión intelectual o artística, había diferencias según el talante de cada uno y la manera de verterlo en esa comunicación. De la Santa de Ávila escribe Valbuena que sus misivas "presentan estados vivos de alma, instantes, palabras ricas en fuerza y oportunidad". Y bien, esa referencia, esa definición que la palabra "instantes" supone, ¿puede tener que ver algo con nuestros mensajes volanderos de hoy? Porque una cuestión es la sustancia y otra su conservación. Ahí dejamos la pregunta, para nosotros de respuesta difícil. Sólo apuntamos que aquellos instantes no podían dejar de estar inmersos en aquel sistema de comunicación.

Del *Libro de su vida* nos dice Valbuena ser "una obra maestra de confesión íntima, de autobiografía. El interés literario está en la forma tan bella en que se escalonan los elementos anecdóticos con los favores sobrenaturales y con las derivaciones teóricas de mística.[...] Estados de alma, aludidos de una forma lánguidamente bella".

En cuanto a la obra en verso de Teresa, Valbuena la juzga "muy inferior a los libros en prosa. La autora poseía el más alto grado de creación poética, pero no dominaba la forma adecuada. Así, únicamente cuando la ternura del concepto se amolda a los villancicos populares de tradición cuatrocentista produce bellas obrillas⁴¹".

⁴¹ No olvidemos que del *Vivo sin vivir en mí* -probablemente sólo le corresponde-aunque ya es bastante- la glosa, ya que el tema aparece casi exacto en cancioneros del siglo XV; el

Y terminamos este itinerario que nos ha resultado delicioso por un libro que nunca deja de depararnos nuevas sensaciones y abrirnos nuevas ventanas, "el Valbuena", con una reflexión que nos pone sobre la mesa una cuestión a propósito de la cual sin tardar mucho pondremos nuestro colofón, y es que "Santa Teresa es la escritora que vierte su alma en la obra; y de la belleza íntima de la *mariposica* de *Las moradas* irradia una literatura que pudiéramos llamas inconsciente. Contraste entre sentido práctico y místicos encumbramientos, no es la figura barroca lacerada de voluptuosidad del mármol de Bernini, sino una mujer castellana que tiene por único paisaje el cielo. Del frío de Ávila del que habla la autora más de una vez-, de la inmensidad de la llanura, de las montañas escarpadas de Gredos, brotaba un lenguaje y un estilo que desde los pucheros, en que podía aletear el espíritu, se elevaba a la embriaguez del éxtasis y desposorio supremo".

VII. EL MANANTIAL DE TODOS LOS COLORES DE GIACOMO PRAMPOLINI

Así contemplo yo la inmensidad luminosa de los siete volúmenes de su *Storia universale della letteratura*⁴², desde que vine deliciosamente cargado con ellos de Roma en los últimos tiempos de Pío XII⁴³. Una seducción que se ha intensificado en el transcurso de este largo medio siglo que no ha sido precisamente favorable a las humanidades. Tan viviente en esta vejez como en aquella juventud lejana.

Prampolini escribe que la literatura teresiana "refleja la límpida mente y la viva fantasía de la religiosa, que fascinaba con sus modos afables a quienes trataba y que, si bien por humildad repetía carecer de gran instrucción, nutria el espíritu con la lectura de obras insignes". Yo me pregunto si no es esa misma cualidad que tuvo en vida la que pasó a sus escritos y es la razón de la fascinación que sobre sus lectores, tanto creyentes como agnósticos, sigue ejerciendo.

Subraya la potencia lírica de algunos pasajes de la *Vida*, por eso merecedores de un cotejo con las *Confesiones* de San Agustín⁴⁴. De *Las moradas* nota su fina clasificación de los estados psicológicos.

⁴³ Bien merecedores del agobiante pago por exceso de equipaje que de manera intransigente me cargaron en Iberia.

_

verso *que muero porque no muero* se halla en Torres Naharro y pertenecía al acervo común de la escuela de Jorge Manrique y el comendador Escribá, y San Juan de la Cruz glosó el mismo estribillo con una ligera variante".

⁴² 2^a ed., Turín 1950, t. IV, pp. 152-154.

⁴⁴ Nota el interés para el lector corriente de la evocación de los años tempranos en la casa paterna de muy numerosa familia.

Lo que apunta de sus versos es interesante para la cuestión crucial de la vocación literaria de la Santa, por tener "un origen más inmediato, brotados del impulso de una mujer que no tenía por cosa indigna versificar bajo el ímpetu del sentimiento. Efectivamente, un día en que había dado a una monja a copiar algunas *coplas devotas*, advirtió en su cara una cierta sorpresa, y para tranquilizarla comentó: *Todo es menester para pasar esta vida, no se espante*".

VIII. UNA ESCRITORA PATRONA DE LOS ESCRITORES

Que Santa Teresa fue una escritora excelsa es algo difícil de poner en tela de juicio. Traer a colación para rebajar sus méritos sus descuidos e incluso imperfecciones, lo que no quiere decir que no hayan de ser tenidos en cuenta, de no quedarse en la superficie se volvería en contra de la capacidad lectora de los objetores.

Pero algunas características teresianas nos pueden plantear un interrogante sito en otro ámbito. No relativa a la literatura de la Santa sino a la Santa y la literatura. Lo planteamos concretamente, ¿tuvo la monja abulense vocación de escritora?

Pensamos en el mandato de escribir que recibió alguna vez de sus confesores. Y es una cualidad de su estilo donde precisamente se encuentra una de sus seducciones, la índole coloquial, parecer más un lenguaje hablado que escrito.

En cuanto a lo primero, hay que tener en cuenta que no explica toda su obra. Por otra parte tratándose de una religiosa, la pregunta podría invertirse. De no haber escrito la Santa en atención a ese estado de vida, habrían podido plantearse los que mejor la conocieron si no habría ahogado esa condición la llamada literaria

En este sentido hay que parar atención a sus cartas. Las habría escrito en todo caso, pues se trataba de un medio de comunicación ineludible. Pero parece evidente que algunos rasgos de ellas y ciertas partes de su contenido no respondían a la necesidad sino a una complacencia.

Más interesante nos parece la segunda reflexión. A propósito de la cual no vamos a irnos por los vericuetos de consideraciones de alcance universal que se saldrían de nuestro argumento. Estamos en la España del Quinientos y entre gentes y ambientes de cultura escrita. La problemática de las civilizaciones analfabetas y las literaturas orales nos resulta ajena, incluso lo que esa expresión hubiera en otros estratos de aquella sociedad. Por otra parte la literatura oral es una manera de transmisión de lo que la literatura escrita se hace por la grafía. No equivale a conversacional.

Así las cosas, partiendo de la base de una diferencia innegable entre lo hablado y lo escrito, diferencia que no implica una incomunicación, podría sospecharse que si la Santa propendía a escribir como se hablaba, su puesto y sus preferencias no estaban en la literatura escrita sino en la conversación.

Pero recapacitemos en que esa característica no resultó en detrimento de su altura literaria. Al contrario, es una de sus seducciones no sólo para los lectores sino también para los críticos. Porque los escritos teresianos llegan a veces a parecernos lenguaje hablado pero poseen unas cualidades que no tendrían todas las conversaciones de entonces, si las pudiéramos reconstruir por haber quedado grabadas.

Es decir, que esa proximidad a lo coloquial, es una nota de un estilo de literatura, una reminiscencia de oralidad pasada por el cedazo de la expresión escrita, en definitiva un aspecto estilístico, desde luego muy personal. De manera que se trataba ni más ni menos que de una manera de escribir. Lo que no llevaba consigo una pérdida ni siquiera disminución de la sensibilidad hacia lo escrito. Por lo que concluimos sin la más pequeña duda qe la patrona de los escritores fue una escritora que tuvo vocación de tal. Desde luego en otra dimensión que su suprema vocación religiosa.

Al hacer el balance del paso por la tierra de cualquier persona consagrada, se puede plantear la duda de si esa dedicación llevó consigo la disminución o incluso el ahogamiento de ciertas cualidades suyas. Duda que puede desde luego ser la inversa. Paul Claudel, una cumbre de la literatura occidental, tuvo un atisbo de vocación benedictina, que desechó tras un retiro para dilucidarla en el monasterio de Liguge. Sus estudiosos se han planteado a veces la pregunta, ¿qué habría sido el Claudel benedictino?

Teniendo en cuenta la condición de las mujeres en aquella España, y las diferencias de toda índole entre la vida claustral y la del mundo, creemos poder contestarnos que una Teresa de Ávila seglar no habría desarrollado sus cualidades literarias como lo hizo en el interior de su clausura. Interior que bien sabemos fue compatible con muchas salidas hacia fuera, precisamente el argumento de uno de sus libros.

Un escultor malogrado entre los dos últimos siglos, Emilio de Madariaga (1887-1920), fue sorprendido por la muerte cuando estaba modelando su obra más ambiciosa, la *Trilogía de los amores*. Su argumento eran los posibles en la mujer, a saber el maternal, el carnal, y el místico. Para este último eligió la figura de Santa Teresa, y para el segundo Salomé, mientras que el modelos de la madre no llevaba designación. Nosotros nos preguntamos si hay una

incomunicación integral entre esas tres manifestaciones amorosas. ¿No amó maternalmente a sus monjas la reformadora de Ávila? En cuanto al otro, no voy a caer en la vulgaridad de recordar títulos en la bibliografía a su propósito como *El verbo se hizo sexo*⁴⁵. Sólo recordaré que Unamuno, citando al escritor francés Joris-Karl Huysmans, acuñó las expresiones de lujuria mística y lujuria litúrgica. Expresiones que pueden ser introductorias de superficialidades hasta libelísticas, pero también recibir un tratamiento serio.

Y llegado el momento del colofón, no puedo por menos de evocar los tiempos tan diversos en que vivieron y trabajaron los historiadores de la literatura que he citado. De la vida viajera del acaudalado Ticknor, un estímulo para su vocación de hispanista, y es un ejemplo aislado nada más, haber oído en el salón parisino de Madame Duras recitar a Châteaubriand un romance sobre los zegríes y abencerrajes, a las herramientas informáticas en sus departamentos de Rico y de Mainar.

Del futuro no me atrevo a pronosticar nada. Me sentiría sobrecogido por una audacia a la que afortunadamente no llego. Aunque no puedo evitar que alguna vez se me venga a las mientes cierto vaticinio, según el cual los avances técnicos han resultado tan abrumadores que van a determinar alguna modificación de nuestra propia especie biológica. En su Salamanca convulsa de los últimos días del año 1936 y de su vida, Nikos Kazantzakis y Miguel de Unamuno convinieron en que el hombre habría progresado tanto que no era capaz de digerir su propio progreso. ¿Qué dirían hoy? ¿Asumirían sin más el eclipse de los libros de texto? Lamentablemente no por eso se retiran los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Yo no pierdo la esperanza de que siempre quede alguien que goce, *in angulo cum libro*, del hecho superior de la vida -según una vez le oí definir al visigotista Jacques Fontaine- como ha sido mi venturoso caso, gracias a esta hospitalidad escurialense y de Javier Campos, al recorrer una vez más las páginas luminosas y polícromas de Valbuena y Prampolini.

⁴⁵ Aunque el contenido podía estar por encima del enunciado.